“Declaración de Derechos” y “Libro de Terciopelo”

León Trotsky

26 y 27 de marzo de 1901

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “‘Declaration of Rights’ and ‘Velvet Book’”, Sozialistische Klassiker 2.0 (4/11/2026). Publicado en *Vostnochnoe Obozrenie* [Revista de Oriente] número 56 y 57, del 13/26 y 14/27 de marzo de 1901, reimpresa en *Soćineniya*, volumen 20, Moscú-Leningrado, 1926.)

I

Usted recordará, estimado señor, cómo el *tiers état* (tercer estado) alcanzó la conciencia social, con qué fuerza y determinación se expresó, y cómo lo hizo en nombre de la sociedad con la que se identificaba. Usted recuerda tanto los sonidos solemnes de *La Marsellesa*, ese poderoso himno de las jóvenes fuerzas históricas, como el culto a la diosa de la Razón, esa ingeniosa locura en la que una mente humana orgullosa, embriagada por su victoria, quiso convertir el mundo en su templo y a la humanidad, revivida por el poder del pensamiento, en sus sacerdotes.

También recordará cómo las comunidades inglesas, sin el esplendor galo, sin los deslumbrantes colores franceses, pero con una persistencia anglosajona sorprendente por su constancia, paso a paso, conquistaron la sociedad para su propio dominio. ¡Hermosas páginas de la historia mundial!

De hecho, en palabras de un periódico alemán que resumía los resultados del siglo pasado, ¡la burguesía no se quedó de brazos cruzados en la lucha social!

Al apoderarse del ámbito económico, y después de todos los demás, refrenó el pensamiento poético, científico y filosófico, convirtiéndolo, por un lado, en una gigantesca fuerza productiva, gracias a la cual la tecnología avanza no a tientas y a trompicones, sino con confianza y de forma continua, y, por otro, en un instrumento de su dominación espiritual, necesario tanto para justificarse (tanto ante los demás como ante sí misma) como para mantener el dominio económico. Desde las profundidades de la sociedad, principalmente de entre la propia burguesía, surgió todo un estrato, toda una clase de profesionales del pensamiento en todas sus ramificaciones modernas…

Con energía, con prisa, con fe, con fanatismo, esta idea trabajó en beneficio del desarrollo de la producción burguesa y, con ella, del dominio de clase de la burguesía, justificando este dominio, fundamentándolo, elevándolo a un imperativo absoluto apelando a la razón, esa autora suprema de las formas del ser social…

Pero ahora la producción burguesa, con todo su complejo mecanismo de funcionamiento compuesto por engranajes, palancas, tornillos y planos inclinados políticos, jurídicos, científicos y filosóficos, se ha establecido y consolidado entre los escombros y fragmentos de un edificio de producción feudal… ¡ay!, la edad de oro no llegó.

Entonces llegó la época del desánimo del espíritu burgués, que había perdido la fe en sí mismo. Los mejores ideólogos se apartaron de la burguesía, que de ser una representante de la sociedad se había convertido en una clase separada con intereses egoístas y privados. Su putrefacción se hacía cada vez más profunda… Al ver la decepción generalizada, intentó sustituir su antigua fe, su entusiasmo enfriado, por una hipocresía sistemática; ¡ay!, pero no le creyeron…

¡He aquí la fuente, la fuente inagotable del Weltschmerz (angustia del mundo), cuyos gemidos poéticos anunciaron el universo burgués y maldijeron la vida con versos rimados!… ¡He aquí la fuente, la fuente inagotable del pesimismo que se ha desarrollado

en armoniosos sistemas filosóficos y ha condenado al propio universo en deducciones armoniosas!…

¡Weltschmerz y pesimismo! Estos son los gritos arrepentidos de los "caballeros del espíritu", que con tanto celo, con tan desinteresado fanatismo, lucharon por la instauración del imperio de la burguesía y luego, con el rostro retorcido por el horror, vieron lo que consideraban casi en su totalidad obra de sus propias manos.

La burguesía comercial e industrial, ese "cerdo triunfante" de hoy, escuchaba con desconfianza y recelo unos discursos inesperados para sus oídos, acostumbrados únicamente a palabras de adulación estampadas, al encantador susurro de los billetes y al tintineo melódico del oro: no comprendía el origen social de esos discursos asombrosos, llenos de drama social, ni su sentido providencial del presente y del futuro; pero veía en ellos lo único que le resultaba cercano y comprensible: su beneficio. Los burgueses obesos se erigieron en pesimistas y, con referencias a Byron, Heine, Leopardi y Schopenhauer, dijeron a la masa de obreros, inquietamente preocupada: "Soy rico, pero la riqueza no me ha dado alegría. Me hice con el poder político, pero el poder político no me ha dado satisfacción. Soy el amo de la ciencia: dice que sí cuando le digo que diga que sí; niega cuando le ordeno que niegue; pero la ciencia tampoco me ha dado felicidad. ¡Por lo tanto, no os esforcéis por ser como yo!". ¡Páginas vergonzosas de la historia mundial!

Los "caballeros del espíritu" maldijeron a la burguesía con maldiciones poéticas y filosóficas; le escupieron en su rostro borroso, pero el burgués se limpió tranquilamente la cara y, bajo una lluvia de discursos acusatorios, "acumuló plusvalía".

¿Qué le quedaba por hacer a la intelectualidad rebelde? Lo intentó todo: amonestó a la burguesía, la instó sinceramente a imbuirse del espíritu del idealismo social… ¡en vano! Recurrió a su pasado, apeló a su conciencia y a su nobleza… ¡sin resultado! La maldijo y la fustigó con sarcasmo, la estigmatizó y la convirtió en objeto de risas despiadadas… ¡sin éxito! La burguesía le dio la espalda y se buscó nuevos ideólogos, precisamente aquellos que dicen "sí" cuando se les dice que digan "sí". Es cierto que estos ideólogos carecen de brillantez y colorido, de esperanzas elevadas y de confianza, pero están dispuestos a servir a su amo con fe y sinceridad a cambio de una recompensa decente.

Lo patético que es el vuelo del pensamiento, al menos entre los economistas burgueses modernos, lo demuestran las siguientes palabras (las tomo como ejemplo) del "famoso economista francés" Paul Leroy-Beaulieu, en el *Neues Wiener Tageblatt*: "Sería una quimera suponer la posibilidad de la destrucción de todas las barreras arancelarias entre los distintos estados europeos en los próximos 100 o 200 años".

¡Un filisteo feliz en su ignorancia! Confía tanto en la inviolabilidad de los "fundamentos" filisteos que, con doscientos años de antelación, declara quimérica la esperanza no solo de la abolición de dichos fundamentos (¡ni siquiera piensa en ello!), sino también de un cambio tan insignificante, desde el punto de vista de dos siglos, como "la eliminación de todas las barreras arancelarias".

Pero, en conjunto, ¡qué patético filisteo! Ni siquiera me refiero a los grandes racionalistas burgueses, los precursores de la Gran Revolución, con su entusiasta fe en el progreso infinito de la especie humana, en el triunfo inminente del dios supremo: la razón; sino que basta con recordar a los teóricos burgueses progresistas de menor envergadura, por ejemplo, a los defensores del libre comercio, los del libre comercio de la primera mitad del siglo pasado, con su confianza en la inminente victoria de la "justicia" comercial sobre las barreras aduaneras, esos "tristes vestigios del espíritu gremial", para que el pensamiento truncado del "famoso economista" moderno se nos presentara en toda su

ridícula limitación. ¡Doscientos años de vida intensamente palpitante y… "barreras arancelarias"!...

Otro ejemplo: Buckle, hijo de un comerciante progresista, creía sinceramente que el dominio de los "empresarios ilustrados" convertiría por fin la guerra (como forma de lucha zoológica y no como rivalidad social del hombre contra el hombre) en cosa del pasado turbio; sin embargo, hoy el órgano omnipotente de la burguesía británica intolerante, en su editorial de Navidad, *The Times*, resuena con descarada hipocresía: "Es tarea de los combatientes matarse unos a otros, pero… deberían matarse 'como deben hacerlo los cristianos'…"

Y hoy, en relación con el comportamiento de Gran Bretaña en Sudáfrica y la actividad de los "hombres de negocios ilustrados" como Cecil Rhodes, Chamberlain y compañía, y sus protectores como Roberts y Kitchener, ¡qué ironía asesina resuena en las siguientes palabras de John Stuart Mill!: "El estado británico comprende el significado de la libertad más que otros y, cualesquiera que hayan sido sus errores en el pasado, ha alcanzado en sus relaciones con otros estados una honestidad y franqueza que otras grandes naciones consideran imposibles o incluso indeseables." ("Consideraciones sobre el gobierno representativo").

La evolución de la burguesía, con su glorioso comienzo y su lamentable final, se presenta ante nosotros. Mientras la burguesía luchaba contra el feudalismo, el absolutismo, el catolicismo, las restricciones gremiales, etc., encarnaba el progreso y el avance; era portadora de ideales avanzados y arrastraba a la sociedad tras de sí.

Pero cuando, tras haber conquistado el terreno, intentó afianzarse en esa posición para siempre y se dispuso a retroceder en lugar de avanzar, la historia la condenó por falta de ideales y por su descomposición moral y política. La vida es despiadada: castiga con un castigo terrible a quienes, como la mujer de Lot, miran atrás.

Al sentir que el suelo real bajo sus pies tiembla, la burguesía renuncia, aunque sea gradualmente, a su librepensamiento y comienza a buscar apoyo en poderes sobrenaturales. El misticismo se convierte en su alimento espiritual. Brunetière acude cada vez con más frecuencia a Roma para besar la zapatilla del Papa.

Todo esto, por supuesto, se refleja en la literatura. Un ejemplo entre miles: la famosa revista humorística del librepensamiento alemán, *Kladderadatsch*, se labró su trayectoria en la brillante lucha contra los agrarios, los ultramontanos y los oscurantistas en general. Cuando, tras la guerra franco-prusiana, todo buen burgués alemán rebosaba de "confianza nacional", *Kladderadatsch* se contagió de la complacencia nacional y volvió su sátira contra las jóvenes fuerzas sociales que no compartían ese éxtasis nacional. La némesis histórica no tardó en llegar: la sátira de *Kladderadatsch* se volvió tan plana como la frente de un filisteo alemán.

¿O acaso no merece una profunda atención el hecho de que el librepensador [liberal de izquierdas Eugen] Richter se esté convirtiendo en objeto de respetuosas reimpresiones de su panfleto satírico dirigido contra Bebel por… *Moskovskiye Vedomosti*? Y con razón: ¡el látigo satírico no se atreve a azotar al futuro!

II

"En los próximos días", leímos recientemente, "tendrá lugar la solemne transferencia de copias exactas de los prototipos de nuestros pesos y medidas (el arshin y la libra), fabricados en Londres con platino-iridio, desde la cámara principal de pesos y medidas hasta el edificio del Senado. En el Senado se guardarán en una vitrina de hierro empotrada en la pared". (*Vostnochnoe Obozrenie*, número 21.)

¡Traslado solemne del arshin[1] y la libra! ¡La libra y el arshin, esas son las verdaderas reliquias de la sociedad burguesa!

Sin embargo, las unidades de medida nacionales antes mencionadas pronto serán sustituidas por el metro y el gramo europeos: en el ámbito de la medición, como en todos los demás, la burguesía rusa adopta los resultados ya preparados de la tecnología europea, los recibe de forma gratuita, sin trabajo ni lucha. A la burguesía europea no le resultó tan fácil. Luchó durante mucho tiempo y con tenacidad por la libertad de pensamiento y de expresión, ya que necesitaba crear ese clima político y jurídico en el que la ciencia, enganchada a un solemne carro burgués, diera los máximos resultados en el sentido de intensificar las fuerzas productivas.

La burguesía nacional, repito, adopta la "técnica" ya prefabricada procedente del extranjero, y en la aduana fronteriza esta "técnica" se libera de los elementos del ambiente social europeo que se le han adherido y, en esa forma neutralizada, sirve a las necesidades de las clases comerciales e industriales nacionales… Como resultado, casi nada queda para la "misión histórica" de la creatividad social de nuestro tercer estado.

Por mucho que se escuchen con atención las voces que emanan del entorno de nuestro tercer estado, lo máximo que se oirá es la voz de un comerciante de Odessa, de un comerciante de Tambov, de un comerciante de Tsarevokokshaisk, que identifica la intervención de la autoridad, pero todas estas no son más que voces aisladas, dispersas, que surgen al azar y también son silenciadas por casualidad. Esta no es la voz de la clase, pues, como clase, nuestra burguesía carece de voz. No tiene horizontes sociohistóricos definidos. La falta de ideas dejó su huella en ella desde los primeros pasos de su trayectoria histórica.

Permítame contarle una anécdota instructiva.

Un concejal de Kamyshinsk le señaló a su alcalde que "según la ley" no tenía derecho a presidir las comisiones municipales, a lo que este último le respondió algo así: "Bueno, ¿qué significa eso de 'según la ley'? Pero yo debo presidirles, ya que todos ustedes son gente inculta e incompetente". (*Severny Kuryer* [Correo del Norte], número 394.)

"¡Gente inculta e incompetente!". ¿No es esta una característica clásica del *tiers état* nacional? Por supuesto, la falta de educación debe entenderse aquí no en sentido estricto, sino en un sentido más amplio. En cuanto a la simple educación, las nuevas generaciones de Derunov han logrado algo. Tenemos un nuevo tipo de comerciante, como informó en su momento el señor Boborykin al público, un comerciante que, siguiendo la moda, se tiñe el cuello de castaño y se peina la nuca al estilo inglés, que hace tiempo que ha sustituido el "estot" y "eftot" de sus padres por dos o tres dialectos extranjeros, con un conocimiento sobrenatural de sus aspectos sensacionalistas, y se ha familiarizado a fondo y concienzudamente con todas las variedades de desnudos parisinos y de otro tipo; pero en lo que respecta a las tradiciones cívicas y los intereses públicos, este nuevo producto (en esencia, cosmopolita, no nacional) es también un fracaso absoluto.

La ausencia de pretensiones sociales serias deja un vacío. Pero la psique, tanto individual como de clase, teme el vacío, al igual que a la naturaleza en la mentalidad de la Antigüedad. Es también sobre esta base que surge una sociedad para la restauración del antiguo traje ruso, o que se afianza la idea de restaurar el *Libro de Terciopelo*.

Este último hecho resulta bastante interesante. El *Libro de Terciopelo* se instituyó en 1807 con el fin de "perpetuar para la posteridad la memoria de las familias de los comerciantes de primera clase y del primer gremio". Este libro descansaba a buen recaudo en los archivos del Departamento de Heráldica. Pero ahora los comerciantes de Simbirsk,

[1] Арши́н (codo): 71,12 cm.

que habían recibido "la iluminación de su mente" de quién sabe dónde, recordaron su pertenencia a la primera cofradía y a la primera clase y, en una reciente reunión de los comerciantes, decidieron grabar sus gloriosos nombres en las páginas del *Libro de Terciopelo*, para que "se pudiera ver la continuidad de la familia de cada comerciante desde el mismísimo comienzo de su origen". Creo que los venerables comerciantes de Simbirsk podrían haber omitido "el principio mismo de su origen" sin perjuicio para su gloria, porque solo Dios sabe cuán inmaculado es ese principio… Pero la cuestión, por supuesto, no es esta, sino que los hechos citados representan, al parecer, la manifestación más amplia de la autodeterminación social de nuestras clases comerciales e industriales.

El liberalismo puro, con todos los símbolos de fe de Manchester, no se desvaneció en vano en nuestro país sin llegar a florecer: carecía por completo de base social. Las ideas de Manchester podían importarse, como hizo el *Ekonomichesky Ukasatel* [Boletín Económico], pero el entorno social que las alimentaba no podía importarse. El liberalismo es, según su origen histórico, la doctrina de la burguesía progresista: nuestra burguesía, en el mejor de los casos, es capaz de pensar en las inscripciones del *Libro de Terciopelo*, y eso solo si las autoridades introdujeran primero dicho libro en el departamento de Heráldica. Fíjense en lo siguiente. La burguesía comercial e industrial de Europa occidental siempre ha sido más progresista que las clases terratenientes. ¿Pero en nuestro país? Mientras que los zemstvos (esos órganos predominantemente terratenientes), a pesar de numerosas condiciones desfavorables, lograron desarrollar en su práctica ciertas tradiciones, aunque mínimas, asociadas a necesidades y demandas sociales más o menos amplias, las dumas municipales destacan en general por su impersonalidad e inercia. Bajo las amplias y suaves alas de los aranceles protectores y los derechos de aduana paternalistas, nuestras clases mercantiles e industriales se entregan a un dulce letargo cívico, mientras que las clases terratenientes se ven inducidas por esos mismos aranceles y derechos a diversas comparaciones, paralelismos y conclusiones (por lo general incómodas) que les evocan la necesidad de una actividad más amplia.

En la actualidad, cuando Rusia avanza tan rápido… con los ferrocarriles… con… etc., etc., etc., no tiene sentido, por supuesto, hablar del fracaso de nuestro capitalismo, de su falta de futuro, etc., etc., etc. Pero, al mismo tiempo, la realidad actual no ofrece en absoluto una base suficiente para coquetear con la misión histórica de la burguesía rusa y sus méritos públicos, presentes o futuros. El hecho es que el concepto de capitalismo es incomparablemente más amplio que el de burguesía, y si el capitalismo, junto con los fenómenos negativos, trae consigo otros positivos, estos últimos no pueden incluir en modo alguno a quienes se encarnan en los aspirantes sin principios, pasivos, "incultos" e "incompetentes" a un puesto en el *Libro de Terciopelo*.

Edicions Internacionals Sedov
Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas)
Edicions internacionals Sedov
Germinal
germinal_1917@yahoo.es